

ya ha estado á punto de hacerlo, yo quedaré desacreditado para siempre con mis jefes, tal vez hasta pierda un puesto ganado á costa de largos años de trabajo.

—Ah! entonces—dijo el repórter casi saltando de la cama en el arrebató de su indignación—usted es quien me ha mandado apalear.

Una pena sincera y sombría pareció obscurecer por un momento el rostro de González.

—Ojalá para usted que fuera yo el autor del atentado.

—¿Por qué?

—Porque de mí podría usted vengarse ó desquitarse.

—Y de otros por qué no?

—Porque esos otros están demasiado elevados para que pueda alcanzarles su venganza y todo lo que usted haga en contra de ellos será como si lo hiciera expresamente en contra de sí mismo.

—Entonces usted sabe quiénes son los culpables.

El polizonte, sombríamente, expresó:

—Lo sé.

—¿Y les deja usted impunes?

—Crea usted que contra toda mi voluntad.

Este caso es tan grave que ni aun debemos hablar de él.

—Yo sí hablaré. . . . como que soy el interesado.

El policía acercó aún más su silla al lecho del enfermo y le dijo casi al oído:

—Un buen consejo. No vuelva usted á acordarse para nada de qué ha sido golpeado.

Había algo de tan repugnante, agresivo y amenazador en la mirada falsa del espía, que Anguiano se estremeció y guardó silencio.

González se puso de pie, volvió á colocarse las prendas de su disfraz y sin decir una palabra llegó hasta la puerta.

En ella se volvió á medias, hizo relucir la misma mirada de reto y amenaza y con una sonrisa hipócrita murmuró:

—Adiós.

## Perplejidad.

Anguiano quedó sumido en profundas reflexiones. Necesitaba obrar, era indudable; pero ninguna idea clara surgía del caos de su pensamiento.

Ante todo era necesario conocer los antecedentes.

—Doña Ramona, doña Ramona—empezó á gritar.

La robusta comadre acudió con evidente curiosidad y alarma pintadas en el rostro.

—¿Qué quiere usted, hombre de Dios? ¿qué gritos tan desaforados son esos?

—¿Cómo vine yo á dar aquí?

La vieja al oír esta pregunta, pareció profundamente turbada.

—No sé. . . . Llegó usted de noche, cubierto de sangre. ¡Llevé un susto. . . ! Tuvimos que

subirle en brazos la criada y yo. . . .

—¿Yo solo pude llegar? . . . ¡desde Coyoacán!

—¡Desde Coyoacán venía usted! ¡Jesús! . . .

—¿Quién me trajo?

—No sé; ya le digo. Tocó usted la puerta. . . .

—¿Yo toqué la puerta?

—Usted ó la persona que lo traería.

—Entonces alguien me trajo.

—Yo no sé.

Véiase en la patrona la decisión evidente de no contestar con claridad á las interroga



EN EL TRANVÍA OBSERVABA A SUS COMPANEROS DE VIAJE. . . .